



UN
MAR
SIN
LÍMITES

UNA HISTORIA HUMANA
DE LOS OCÉANOS

DAVID
ABULAFIA

CRÍTICA

DAVID ABULAFIA

UN MAR SIN LÍMITES

Una historia humana de los océanos

Traducción castellana de
Tomás Fernández Aúz

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: mayo de 2021

Un mar sin límites. Una historia humana de los océanos
David Abulafia

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *The Boundless Sea: A Human History of the Oceans*

© David Abulafia, 2019

Edición original publicada por primera vez en inglés por Penguin Books Ltd., Londres.

© de la traducción, Tomás Fernández Aúz, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-305-6

Depósito legal: B. 3.696-2021

2021. Impreso y encuadernado en España por Liberdúplex

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

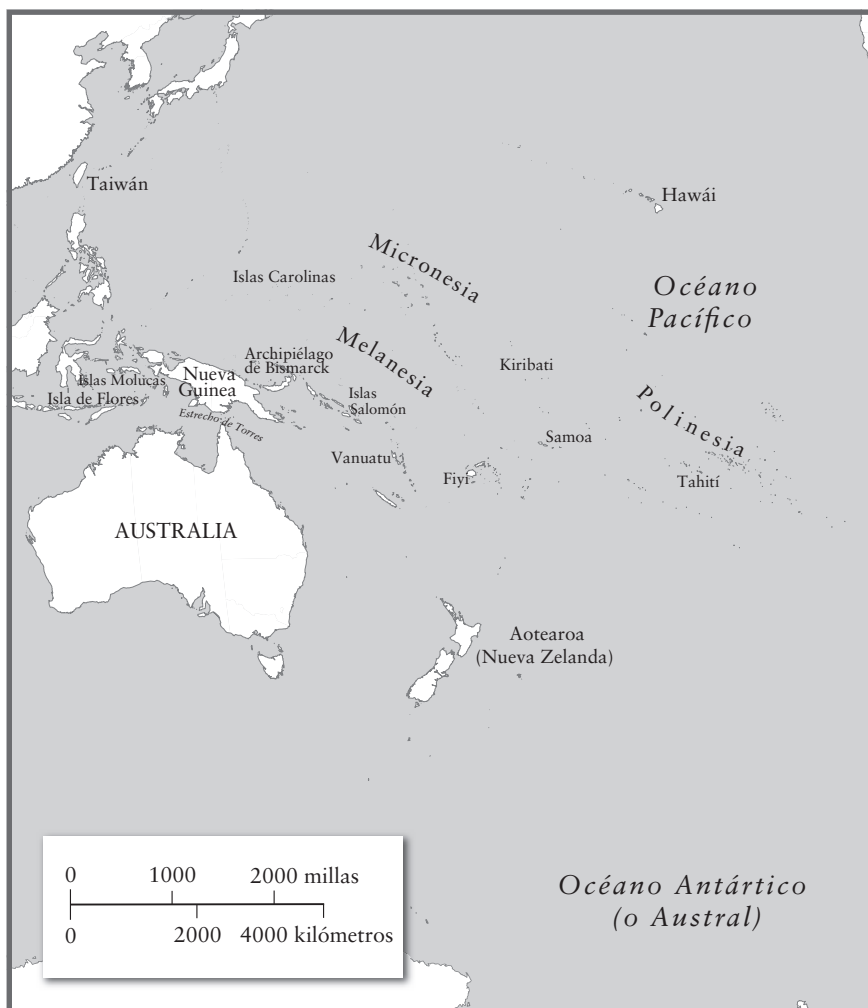
Capítulo 1

EL OCÉANO MÁS ANTIGUO

I

El océano Pacífico es de lejos el de mayores dimensiones, ya que sus aguas cubren la tercera parte de la superficie de la Tierra. La distancia que media entre Sumatra y las costas de Ecuador —precisamente en la línea ecuatorial— es de dieciocho mil kilómetros, poco más o menos. Pese a que los navegantes polinesios puedan haber desembarcado, de forma muy ocasional, en el litoral sudamericano, lo cierto es que antes de que los españoles comenzaran a enviar sus galeones de Manila y lograran unir de ese modo Filipinas con México, en el siglo XVI, no hubo ningún contacto regular entre las orillas opuestas de ese océano. En medio del mar se encuentran asimismo los centenares de islas de las decenas de archipiélagos que integran las regiones de Polinesia, Micronesia y Melanesia, tres zonas vagamente definidas cuyas recíprocas diferencias étnicas habrían de exagerar muy notablemente los antropólogos decimonónicos. Algunos de esos rosarios de tierras emergidas, como el de las Islas Salomón, se encuentran lo suficientemente agrupados como para permitir que sus habitantes vean a lo lejos, o detecten de algún modo, la presencia de sus vecinos inmediatos. Otros, de entre los que destacan particularmente los de la Isla de Pascua (o Rapa Nui), las islas Hawái y Nueva Zelanda (Aotearoa), se encuentran muy alejados del punto de recalada más próximo, y en los dos últimos casos, apartados en cierto modo de las principales rutas de navegación de los polinesios.

Sin embargo, en este dilatado espacio se observan unos extraordinarios signos de unidad. En torno al año 1770, el capitán James Cook y el naturalista Joseph Banks exploraron inmensas porciones del Pacífico y descubrieron, intrigados, que las personas que conocían las lenguas de Hawái, Tahití y Nueva Zelanda se entendían entre sí, y que en todo el norte y el sur de Polinesia se hablaba un conjunto de lenguas a las que hoy denominamos «oceánicas». «Es extraordinario», sostiene Cook, «que sea una misma nación, y que tras haber adoptado sus componentes una costumbre o hábito peculiar, etcétera, un obser-



vador cuidadoso pueda constatar enseguida, pese a ello, la afinidad que tienen los unos con los otros». ¹ De hecho, las investigaciones posteriores han mostrado que esas lenguas no solo se hallan relacionadas con las que actualmente se utilizan en Malasia e Indonesia, sino que poseen incluso lazos con el habla malgache de Madagascar, con lo que todas ellas forman el vasto grupo lingüístico conocido como «austronesio».

La palabra polinesia *vaka* o *waka*, con la que se designa a la canoa, se asemeja a la malaya *wangka*. La reconstrucción de la lengua ancestral austronesia, basada en el vocabulario común, notablemente rico, vinculado con los diferentes tipos de embarcaciones y el arte de la navegación, revela que los más remo-

tos antepasados de los polinesios eran gente de mar que hablaba de capitanes capaces de pilotar hábilmente sus canoas provistas de batangas, plataformas, mástiles, velas, zaguales, e incluso proas y popas talladas en madera.² Dicho esto, las lenguas del Pacífico, sobrecogedoramente hermosas, se desgajaron de las del Sudeste Asiático hace muchos miles de años, lo que sugiere que los primitivos pobladores de este océano procedían de un tronco lingüístico común. Es importante utilizar la expresión «tronco lingüístico», debido a que la lengua y los orígenes étnicos pueden ser realidades enfrentadas.³

El Pacífico no solo fue la primera región alejada de las costas que los seres humanos lograron colonizar, hace decenas de miles de años, también ha sido la última. Es preciso matizar esta afirmación: a partir del siglo xv empezarán a surgir asentamientos en un puñado de islas deshabitadas de pequeño tamaño del Atlántico y el océano Índico como Madeira, Santa Elena o Mauricio. Y a medida que los portugueses, los holandeses y otros países rivales comiencen a reivindicar el dominio de las rutas marítimas del mundo, habrá quien juzgue que esos emplazamientos pasaron a desempeñar un importante papel, totalmente desproporcionado si nos atenemos a sus reducidas dimensiones. Sin embargo, estas mismas personas consideran que la Antártida, que carece de una población permanente, puede quedar al margen de nuestros estudios. Ahora bien, el último territorio relevante que los seres humanos han colonizado es el de Nueva Zelanda, cuyo poblamiento acostumbra a situarse, de forma bastante variable, entre los años 950 y 1350 d. C. Pese a que muchos de sus habitantes originales, que en un principio optaron por concentrarse en la Isla Norte por ser más cálida, vivieran tierra adentro, lejos del mar, hay abundantes relatos que hablan de la llegada de las primeras canoas. Ni los maoríes ni los hawaianos abrigan la menor duda respecto a su condición de emigrantes. Una vez asentados, los maoríes perdieron todo interés en las grandes naves capaces de hacerse a la mar, así que limitaron sus expediciones marítimas a embarcaciones más adaptadas a la navegación en aguas someras. Dichos pueblos apenas podían decir nada de su punto de procedencia, más allá de asignarle el manido nombre de Hawaiki, cuyo significado transmite la simple idea del «lugar en el que vivieron nuestros antepasados hace mucho tiempo». Más al norte, entre las diferentes cadenas de islas, la norma seguiría siendo la de continuar con las travesías marítimas. Estos pueblos estaban integrados por personas que trataban al mar con la misma familiaridad que pueden mostrar los tuaregs con el desierto del Sáhara o los incas con la cordillera de los Andes: son en todos los casos obstáculos susceptibles de ser superados, aunque para ello sea necesario disponer de conocimientos precisos y actuar con determinación y confianza.

Durante varios miles de años iría fraguando una extraordinaria cultura marítima, en pleno océano, pese a carecer de grandes extensiones litorales, de vastos puertos y de la posibilidad de acceder a largos ríos por los que recibir los pro-

ductos de las tierras interiores de un inmenso continente. Lo que surgió fue en cambio un universo fundamentalmente interconectado y compuesto de atolones, arrecifes de coral e islas volcánicas: un mundo excepcionalmente diverso que ofrecía distintas oportunidades a quienes lo colonizaban y que se revelaba por ello capaz de estimular enormemente los intercambios locales, e incluso los de larga distancia.⁴ Estos polinesios no contaban con los refinados instrumentos que tenían a su alcance los navegantes europeos, y en este sentido lo más relevante es que desconocían la escritura. Se transmitían sus técnicas y métodos de manera oral, pese a lo cual su erudición no solo era sumamente detallada y extremadamente exacta, sino superior en muchos aspectos a la del instrumental de los marinos occidentales, como Magallanes y Cook, para quienes el Pacífico era una región repleta de constantes sorpresas e incertidumbres. Hay un dato muy sencillo que nos da una concisa idea del dominio de los mares que llegaron a exhibir los navegantes polinesios: aparte de abrir una ruta septentrional para cruzar el Atlántico, controlada durante varios siglos por los vikingos y sus descendientes, los marinos de la Europa occidental no se internarían a fondo en el océano que les circundaba hasta finales de la Edad Media.

Resulta difícil reconstruir el proceso de esa colonización. ¿Se materializó de oeste a este, pasando por las diferentes islas del Pacífico, o debemos pensar más bien en una serie de progresiones en espiral en las que poco a poco fueron quedando incluidas dichas islas, creando con ello una red de asentamientos diferenciados? ¿Y cuándo desembarcaron los primeros pobladores? Si ni siquiera podemos señalar a ciencia cierta la fecha de su presencia inicial en el último de los territorios conquistados, el de Nueva Zelanda, no será difícil imaginar lo difícil que puede resultar hacer otro tanto en el caso de las islas pequeñas, máxime teniendo en cuenta que, en ellas, las investigaciones no solo han sido intermitentes, sino que se han basado por igual en la casualidad y en la meticulosa elaboración de planes de excavación. ¿Qué tipo de barcos usaban los primeros navegantes? En todo el Pacífico se han ido desarrollando diferentes clases de embarcación, y con velas de formas distintas, como las latinas, las cuadradas, las austronesias y las triangulares invertidas —a las que suele darse el nombre de velas de abanico—. Con todo, el problema más arduo que se nos presenta es el de averiguar por qué los navegantes continuaron buscando islas después de haber hallado la que les decidió a instalarse. La circunstancia de que hubiera fases de expansión, y periodos en los que esa propagación se detuvo, añade más dificultad al asunto. Y por si fuera poco, las disputas en las que a menudo se enzarzan ferozmente los expertos (que en algunos casos han llegado al extremo de subirse a bordo de la frágil reconstrucción de una embarcación polinesia para surcar los mares y tratar de probar así sus argumentos) incrementan todavía más la complejidad de la cuestión.

En esta historia de la colonización de las islas del Pacífico hay unos cuantos territorios relevantes que se han quedado en buena medida en el tintero, como

Japón, Taiwán, Filipinas y el archipiélago indonesio. Todas ellas mantuvieron una estrecha relación con el continente asiático y constituyeron en realidad el límite exterior de lo que podríamos llamar una serie de Mediterráneos en miniatura: el mar de Japón y el mar Amarillo al norte, y el mar de la China Meridional (muchas veces efectivamente comparado con el *Mare Nostrum*) al sur. Otro territorio, el de Australia, sería poblado por gentes que en algunos casos se valieron del mar como fuente de alimento y que respetaron de forma muy notable sus aguas, pero que sin embargo no protagonizarían ningún intento conocido de surcar las olas una vez instalados en ese árido continente. En este caso, la preocupación principal gira en torno a las regiones de mar abierto, ya que en ellas hay comunidades dispersas por Polinesia, Micronesia y Melanesia, todas las cuales se asentaron en islas de pequeñas dimensiones (dejando a un lado Nueva Zelanda) y no consideraron, por regla general, que las grandes distancias que las separaban unas de otras fuese una barrera infranqueable, capaz de impedir la aparición del conjunto de interacciones dinámicas que les obligaban a salvar cientos e incluso miles de kilómetros.

II

La llegada de seres humanos a Australia demuestra lo antigua que es la práctica de la navegación. Las distancias que era preciso salvar en la época en que se produjo ese primer contacto eran menores que en nuestros días, puesto que si nos remontamos al período comprendido entre los años 140000 y 18000 antes del presente observaremos que el nivel de los mares era muy inferior al actual —entre otras cosas porque un enorme volumen de agua se encontraba fijado en los témpanos de hielo y los glaciares septentrionales—. En su punto más extremo, el nivel del mar llegaría a situarse cien metros por debajo del que hoy conocemos, pero en el marco temporal que acabamos de acotar, dicho nivel ascendió y descendió alternativamente, de modo que en ciertos períodos apenas alcanzó a descender más de veinte metros respecto del que ahora mismo vemos.⁵ A lo largo de esa era geológica, la del Pleistoceno, el continente australiano incluiría la totalidad de Nueva Guinea y Tasmania, aunque permanecería aislado del Asia continental (que, sin embargo, englobaba Java) por una serie de brazos de mar tachonados de islas (a las que se ha dado el nombre de Wallacea, en honor de Alfred Russel Wallace, el ilustre contemporáneo de Charles Darwin). Esta separación, que tuvo lugar hace cuarenta millones de años, logró que las especies animales exclusivas de Australia continuaran prosperando en ese continente, sobre todo las incluidas en la subclase de los mamíferos marsupiales. Había, no obstante, una especie de puente de islas que no solo unía el Sudeste Asiático (a cuya región los geólogos dan el nombre de Sonda) con Sa-

hul (es decir, con Australia y Nueva Guinea), sino que comprendía también la isla de Flores, entonces mucho más pequeña. Y aquí es donde topamos con el primer gran enigma. En 2003, unos arqueólogos que estaban excavando un abrigo rocoso situado en la isla de Flores descubrieron los restos de varios seres humanos primitivos que probablemente vivieron, según una estimación muy aproximada, en la segunda mitad del período de bajo nivel marino, y posiblemente varios siglos después. Otros hallazgos más recientes sugieren que otros homínidos prehistóricos llegaron a zonas mucho más alejadas: nada menos que a Filipinas.⁶ Estos individuos eran de un tamaño muy pequeño, ya que apenas superaban el metro de estatura, y su capacidad cerebral no era mayor que la de un chimpancé. Sin embargo, la presencia de otras características físicas establece claramente que se trataba de una forma arcaica de la especie humana. Lo más probable es que su reducida talla se debiera a un proceso de adaptación a la limitada dieta de la isla, según lo que ya se ha observado en otros casos de enanismo similares detectados en diferentes especies que, repartidas por todo el mundo, también tuvieron que vivir en entornos difíciles. De ser así (y este es el único factor condicional), es posible que descendieran de otros homínidos anteriores y más altos que se las ingeniaron para llegar a Flores antes de 100000 a. C. Sin embargo, desde entonces —y también en épocas posteriores—, un estrecho brazo de mar ha mantenido a la isla apartada de «Sondalandia» y del continente asiático. Si descartamos las especulaciones de los teóricos del siglo XIX, que suponían que los habitantes del Pacífico eran el resultado de un acto de creación divina independiente, todo cuanto nos queda es la prueba de que los seres humanos primitivos consiguieron cruzar el mar, aunque respecto a los medios que pudieron haber utilizado no tengamos más que conjeturas. También se ha apuntado que, en torno al año 12000 a. C., los homínidos de Flores (a quienes la prensa, con muy poco tacto, ha apodado «hobbits») pudieron haber coexistido en la isla con los seres humanos modernos, y que la memoria de esos hombres y mujeres diminutos ha perdurado en los cuentos populares. Sin embargo, esos relatos del acervo folclórico se han difundido a tal punto en todas las sociedades humanas que resulta difícil concederles alguna credibilidad. Las pruebas resultan tanto más complejas cuanto que, tanto en Flores como en algunas zonas de Filipinas, se han encontrado huellas de la supervivencia, contemporánea a esos homínidos, del ostegodón (un animal emparentado con el elefante), que parece haber llegado a la isla superando a nado el hiato marino. La isla de Flores todavía no ha revelado todos sus misterios.

Los descubrimientos efectuados por toda Nueva Guinea, Australia y Tasmania (que en el período al que nos referimos se encontraba unida a Australia) dejan claro que hace más de sesenta mil años los seres humanos modernos (*Homo sapiens sapiens*) consiguieron alcanzar zonas más remotas. En el norte de Nueva Guinea se ha conseguido determinar que las hachas encontradas tie-

nen una antigüedad comprendida entre cuarenta mil y sesenta mil años.⁷ En 2017, los arqueólogos australianos anunciaron que habían sacado a la luz, en el norte de Australia, un refugio rocoso repleto de útiles fabricados hace sesenta y cinco mil años, lo que les llevó a preguntarse si no se habrían producido algunas interacciones entre esos individuos, que parecen ser los primeros australianos pertenecientes a la especie *Homo sapiens*, y otros tipos de seres humanos cuyos restos podrían encontrarse en el Asia oriental, fundamentalmente los misteriosos homínidos de Denisova, que, según se cree, debían de ser similares a los neandertales europeos, aunque con algunas características propias que los diferenciaban de ellos.⁸ Resulta, por tanto, indudable que los primeros aborígenes australianos (que muy posiblemente fueran los antepasados de los actuales) debieron de llegar al continente hace más de sesenta mil años, y que tuvieron que hacerlo salvando distancias de mar abierto de una anchura superior a los ciento sesenta kilómetros, lo que en muchas ocasiones les habría obligado a perder de vista el contorno de la tierra firme.⁹ De cuando en cuando, los arqueólogos se muestran sorprendidos y desconcertados ante la idea de que los más antiguos individuos de la especie *sapiens* pudieran haber sido marinos. Sin embargo, no es cosa que deba extrañarnos en modo alguno: al abandonar África y efectuar los desplazamientos terrestres que los llevarían a colonizar buena parte del globo, los seres humanos, en sus diferentes tipos, tuvieron que cruzar ríos. Más tarde se valdrían de las técnicas que habían aprendido en esos cursos de agua para atravesar los lagos. Y una vez vencidos los lagos, los mares se presentaron ante ellos como un desafío, pero no como una barrera infranqueable. Entre las cortas travesías marítimas que los primeros seres humanos tuvieron que realizar para avanzar hacia Oriente y proseguir la ruta que les empujaría a salir de África muy bien pudieron haber figurado la del mar Rojo, en las inmediaciones de Adén, y la del golfo Pérsico, cerca de Ormuz. Estos primeros seres humanos disponían ya de todo su utillaje mental, y lo emplearon a conciencia para lograr el extraordinario dominio del entorno natural que todavía hoy poseen los aborígenes australianos. Tiene más sentido insistir en esa capacidad que especular con los distintos tipos de embarcación que pudieron haber empleado aquellos viajeros: se ha sugerido el uso de gavillas de bambú, troncos de árbol, barcas de corteza, balsas de juncos y un sinfín de métodos más, pero no se ha encontrado una sola prueba arqueológica que alcance a corroborar las hipótesis, lo que difícilmente podría asombrarnos, ya que si algún vestigio persiste de los primeros viajes por mar, por fuerza ha de yacer en la costa del continente de Sahul, sumergida hace muchísimo tiempo.¹⁰ Por consiguiente, la mejor respuesta que podemos dar consiste en reconocer por un lado que, en los sesenta y cinco mil años transcurridos, el diseño de las embarcaciones viajeras ha tenido que experimentar sin duda un gran número de cambios, y en admitir, por otro, que, en cualquier caso, las barcas debieron de adaptarse a las condiciones reinantes, lo

que significa que lo más probable es que la utilización de las velas se concibiera allí donde el viento constituyera un factor crucial para llegar a un determinado sitio, y que no se recurriera a ellas, por el contrario, en aquellos casos en que resultara factible navegar de isla en isla y en aguas tranquilas que no obligaran a perder de vista las costas vecinas.¹¹

Si examinamos la relación existente entre los habitantes originales de Australia y el mar surgen varias consideraciones que es preciso tener presentes. Una de ellas señala que la explotación del litoral como fuente de alimento —tanto si el empeño implicaba pescar con una barca o dedicarse a la búsqueda de sustento en las playas— no constituye una prueba de que se realizaran expediciones marítimas de larga distancia, como tampoco confirma la hipótesis de que la gente se adentrara en el océano para establecer lazos con otras comunidades, ya estuvieran situadas estas en otros puntos de Australia o en islas alejadas de sus costas. Otra de esas salvedades apunta al hecho de que la utilización de las pruebas modernas (por muy ineludibles que sean), como la recopilación de las opiniones que expresan los aborígenes contemporáneos respecto a la naturaleza del mar, resulta extremadamente problemática. Las tribus se han desplazado, las condiciones del entorno físico han variado, y la tecnología aborígen también se ha transformado: son metamorfosis que no solo han ido produciéndose en la medida en que los pueblos afincados en tierra firme han logrado adaptarse a las circunstancias locales, sino también al hilo del contacto con los europeos, cuya influencia ha inducido toda una serie de mutaciones radicales (a menudo desastrosas) en la vida cotidiana, los conocimientos heredados y las actitudes sociales de esos pueblos.

Varias han sido las épocas en que el interior de Australia se ha revelado más hospitalario que ahora para toda forma de vida, así que, en su búsqueda de agua dulce, aquellos hombres y mujeres primigenios se internaron en el continente y acabaron asentándose tierra adentro. A juzgar por las pruebas arqueológicas de que disponemos actualmente, las tribus aborígenes no comenzaron a colonizar el litoral sino bastante más tarde, hace aproximadamente treinta mil años en el mejor de los casos, ya que en la costa no se ha encontrado ningún yacimiento anterior al 33000 a. C., poco más o menos. El continente continuaba muy poco poblado, y al parecer no existían presiones que pudieran empujar a esos pueblos a ocupar las franjas litorales, dado que resultaba fácil conseguir alimento en otros sitios. Las conchas marinas halladas en los abrigos rocosos situados en el interior, a poca distancia del mar, muestran que se forjaron vínculos entre los asentamientos costeros y la población del interior de Australia. Sin embargo, tenemos prácticamente la certeza de que si esas conchas llegaron a manos de sus últimos propietarios fue más en calidad de adornos que de comida, y es frecuente que los emplazamientos más antiguos, situados cerca de la costa, muestren pruebas de una dieta basada en idéntica medida (cuando no en grado muy supe-

rior) en el consumo de la fauna local —como por ejemplo ualabíes— antes que en la ingesta de pescado.¹² Con todo, el interior de Australia fue transformándose en un entorno cada vez más árido, con lo que la posibilidad de instalarse en la costa pasó a resultar más atractiva. La datación que se ha establecido en el caso de las trampas de piedra para peces halladas en la región de Kimberley, en la costa septentrional de Australia occidental, les asigna como máximo una antigüedad de tres mil quinientos años, pero existen muchas razones para argumentar que estos aparejos de pesca derivan directamente de las primitivas trampas para peces que se emplearon profusamente a lo largo de las costas australianas.¹³

Estas trampas para peces se empleaban habitualmente en las islas del estrecho de Torres, es decir, en el largo archipiélago que aparece diseminado entre Australia y Nueva Guinea. En la Australia de nuestros días es normal hablar de «los pueblos aborígenes y los isleños del estrecho de Torres», lo que implica el reconocimiento de que los pueblos de esas islas diferían por su situación, su origen y su cultura de los aborígenes australianos, ya que no solo empleaban una tecnología notablemente más avanzada que la de ellos, sino que también comenzaron a usarla muchos antes. Por esta razón se los considera más próximos al Neolítico que al Paleolítico. Desde el punto de vista étnico, los isleños del estrecho de Torres se asemejan más a los pueblos de Papúa Nueva Guinea y Melanesia, y las influencias culturales de Nueva Guinea han sido muy profundas, al menos en tiempos recientes, siendo claramente perceptibles en los mitos, los rituales y la tecnología. En el estrecho de Torres se han encontrado los restos de grupos de personas que operaban sobre bases económicas muy distintas. Unos dependían de la agricultura a pequeña escala y otros, considerados «pueblos marineros», recurrían de forma muy amplia a la explotación del océano, lo que incluía la realización de viajes de ida y vuelta entre las islas y a las costas de Nueva Guinea y Australia —travesías en las que se hacían a la mar en cayucos dotados de batangas y velas—.¹⁴ En algunos casos, esas influencias septentrionales acabarían propagándose por la costa nororiental de Australia hasta llegar a los pueblos aborígenes asentados junto al mar: cuando los primeros europeos exploraron lo que hoy recibe el nombre de Queensland, observaron que a lo largo de toda esa parte del litoral australiano se usaban máscaras y tocados de tipos similares a los de Papúa Nueva Guinea. Es posible que entre esos préstamos figuraran también diversos tipos de arpones y anzuelos. En la época moderna, los peces y las criaturas marinas como las tortugas y los dugongos son el elemento predominante de la dieta de los isleños del estrecho de Torres, que por término medio consumen unos seiscientos cincuenta gramos diarios de esos productos por persona. Valiéndose de botes confeccionados con la corteza de ciertos árboles, estos pueblos marineros partían a mar abierto con el fin de atrapar especies epipelágicas, es decir, peces habituados a vivir cerca de la superfi-

cie oceánica. De ese modo, sus gentes desarrollaron diferentes clases de vínculos comerciales con sus vecinos, y tenemos la certeza de que los primeros ejemplos de este tipo de relaciones se remontan aproximadamente a 1650 d. C., es decir, al período en que los mercaderes indonesios de Macasar comenzaron a visitar con regularidad las islas. Sin embargo, todo parece indicar que esos lazos son mucho más antiguos, y que, gracias a un más amplio número de contactos, hubo algunos pueblos aborígenes, como el de los yolju o yolngu (cuya pronunciación se corresponde *grosso modo* con esta segunda ortografía), que tuvieron noticia, siquiera escasa, del mundo que se abría más allá de sus playas.¹⁵

En el estrecho de Torres, en la isla de Mer* —que, según una leyenda, fue en su día un dugongo gigantesco que quedó varado en pleno océano y se transformó en un pedazo de tierra—, hay abundantes pruebas de que la zona acabó siendo un puesto comercial y de que en torno de ese eje giraba una dinámica red de intercambios marítimos. Sabemos con seguridad que ese era el escenario hace dos mil años, pero podemos tener prácticamente la certeza de que también desempeñaba esas mismas funciones en un pasado mucho más remoto.¹⁶ Una parte del material probatorio que indica que estos pueblos explotaron a fondo los abundantes recursos marinos está constituida por el hallazgo de restos óseos de perros, ratas, dugongos, tortugas y peces de numerosas clases. Sin embargo, la existencia de una flauta tallada en hueso y fechada en torno al año 1 d. C. señala que los nexos comerciales debieron de abarcar una zona geográfica mucho mayor. Según parece, los isleños construían canoas provistas de batangas, y con ellas lograron cruzar el océano de forma segura y regular a fin de establecer contacto con otras comunidades. El estilo de sus embarcaciones influyó en el diseño de las canoas que se elaboraban en el litoral de Queensland.¹⁷ Por consiguiente, las islas del estrecho de Torres, unidas entre sí por la actividad de sus pobladores afincados junto al mar, permitieron tender un puente entre las culturas de la Melanesia prehistórica y las del norte de Australia, con lo que, gracias al mar, esta última región no vivió tan aislada del mundo exterior como se ha venido dando por supuesto, con demasiada facilidad, en épocas pasadas. Los isleños del estrecho de Torres eran marinos audaces. Sin embargo, otras tribus se mostrarían mucho más precavidas en sus relaciones con el mar abierto. Los miembros de uno de los pueblos aborígenes de Australia insisten en que el mar está vivo, en que tiene accesos de cólera y en que durante esos episodios es probable que acabe por matar a la gente: «Cuando te encuentres en el mar no debes decir nada que pueda parecerle

* Nombre en lengua meriam, una de las papúes. Dado que no figura de ese modo en los mapas, quizá convenga saber que la población australiana de origen europeo la denomina «isla Murray». (*N. del t.*)

negativo. No le critiques. Esto es así porque el mar es una criatura viviente, como las personas. Por eso mismo debes respetarlo». ¹⁸ En la isla Croker, no lejos de Darwin, en el Territorio del Norte, los aborígenes sostienen que en el fondo del mar habita la gran Serpiente Arco Iris y que es preciso aplacar su ira por medio de una serie de ritos especiales, puesto que el ofidio se servirá del mar como de un instrumento para matar y mutilar a las personas. En esa misma región australiana, el pueblo yanyuwa se autodefine como «gente originada en el mar», ¹⁹ y sus embarcaciones también acaban manifestándose animadas, igual que el propio océano. Los seres humanos pueden dotar de facultades mágicas a sus barcas entonando «canciones de poder» destinadas a calmar las aguas. Esos cánticos permanecen en el interior de los botes, como si estos poseyeran un alma particular. ²⁰

No obstante, los cambios verdaderamente más asombrosos se producirían al norte de Nueva Guinea, al iniciarse los asentamientos humanos en las islas del Pacífico. Los primeros emigrantes llegaron hace treinta y cinco mil años a algunas de esas islas, en concreto a las situadas frente a las costas septentrionales de Nueva Guinea. Las Islas Salomón comenzaron a recibir visitantes hace veintinueve mil años, y la amenaza de los piratas de Nueva Guinea se cernió durante siglos sobre los habitantes de ese archipiélago. ²¹ Los primeros asentamientos de las islas del Almirantazgo tienen trece mil años, y hasta es posible que sean más antiguos —y no debemos olvidar que para llegar hasta ellas es preciso salvar un brazo de mar de casi ciento sesenta kilómetros de anchura, en un viaje que además obligaba a los navegantes a perder de vista las costas vecinas durante un tiempo—. Uno de esos asentamientos, el de Buka, en las Islas Salomón, ha arrojado pruebas de que la dieta de los colonos que se establecieron en la zona en torno al año 26000 a. C. incluía pescado y marisco además de mamíferos y lagartos. ²² Ahora bien, los seres humanos no pueden sustentarse únicamente a base de pescado, lo que significa que la carencia de algunas necesidades vitales contrarrestaba la disponibilidad de otras. Había ocasiones en que se echaba en falta la presencia de piedras duras aptas para cortar pieles o materiales correosos. En esos casos era preciso proveerse de obsidiana o de alguna otra piedra cortante de buena calidad en una zona alejada. Pese a que las distancias no sean grandes, se han encontrado trozos de obsidiana procedente de Nueva Bretaña en Nueva Irlanda, dos islas situadas en las inmediaciones de Nueva Guinea, y las pruebas de datación indican que son del 20000 AP («antes del presente»). No obstante, hay muchos autores que ven con escepticismo este proceso. Se ha sugerido que las épocas en que el mar se sitúa en niveles bajos son justamente las que menos incentivan las travesías marítimas, ya que la extensión de terreno que puede colonizarse es muy grande. Al ascender el nivel de las aguas, la superficie de las tierras emergidas disminuye y la gente parte en busca de nuevos territorios. ²³ Sin

embargo, todo esto no son más que simples especulaciones. Sencillamente no sabemos cómo pudieron suceder las cosas.

III

Se ha dado a la cultura que logró propagarse por las vastas regiones del Pacífico prehistórico el nombre de «lapita». En medio de tantísimas conjeturas, no debemos considerar extraño descubrir que no se trata de la denominación que se daban a sí mismos los miembros de un determinado pueblo indígena, sino de la designación del yacimiento arqueológico en el que se identificó por primera vez su peculiar cultura. Una de las características más extraordinarias de la cultura lapita es la de su amplia difusión. Ninguna otra cultura prehistórica abarca una zona geográfica de semejante envergadura, dado que en este caso no solo incluye las Islas Salomón, cuyo poblamiento se produjo en un período muy temprano, sino también otras sumamente lejanas, como Fiyi y Samoa.²⁴ La inmensa mayoría de las islas a las que llegaron los colonos de la cultura lapita eran territorios vírgenes situados muy lejos del radio de acción de los primeros navegantes austronesios. Esto no significa que los marinos lapitas fueran descendientes de los más antiguos colonos austronesios que, en su penetración meridional, se hubieran aventurado a descender por debajo de Nueva Guinea un milenio antes. La identidad genética de los pobladores lapitas sigue siendo incierta, así que la mejor respuesta que podemos dar al enigma es que formaban parte de una mezcla de pueblos de diversos orígenes, y que esto explica el surgimiento de las variadas poblaciones encontradas en Polinesia y una amplia sección de Melanesia. La uniformidad de su cultura no tiene por qué correr necesariamente pareja a la homogeneidad de su aspecto, y ya hemos constatado que los melanesios, de cabellos extremadamente rizados, y los polinesios, que los tienen lisos (aunque ambas afirmaciones respondan a una generalización que ha terminado por llevarse demasiado lejos), participan de una misma cultura. Lo que ocurre es más bien que esa cultura parece haber encontrado su primer punto focal en el Pacífico occidental, probablemente en Taiwán, donde la lengua de la población indígena guarda relación con las que se hablan en toda Oceanía. Más tarde, esas prácticas culturales se habrían diseminado en forma radial, partiendo de una serie de nuevos puntos focales situados en regiones más profundas del Pacífico, fundamentalmente en Samoa. Por su parte, Taiwán también albergó una dinámica cultura prehistórica en el tercer milenio a. C., y la cerámica encontrada en la zona septentrional de las Molucas resulta pasmosamente similar a la alfarería de la lapita polinesia, lo que apunta a la existencia de vínculos ancestrales con los habitantes de las islas que se alzan frente a las costas surorientales de Asia. A medida que los individuos que hablaban las diferentes lenguas austronesias

fueran mezclándose con las poblaciones asentadas tanto a lo largo de las costas de Nueva Guinea como frente a ellas, irían surgiendo grupos humanos étnicamente mixtos, y sus diversos orígenes quedarían reflejados en su ADN. Deducimos por tanto que la ruta que siguieron esos pobladores, en un tránsito que abarca un gran número de siglos, se inicia en el archipiélago de Bismarck para extenderse más tarde hacia el este, a través de las Islas Salomón.²⁵

La aparición de la cultura lapita supone una aceleración de la expansión oceánica. Hasta el año 1500 a. C., aproximadamente, resulta fácil probar la existencia de intercambios locales entre las diferentes islas gracias al hallazgo de fragmentos de obsidiana, ese vidrio volcánico de aristas afiladas que movía parte del tráfico comercial interinsular —aunque resulte, en cambio, más difícil saber con seguridad por qué artículos se cambiaba esa piedra, pese a que probablemente se trocara por alimentos—. No obstante, hasta el término «comercio» ha de emplearse con precaución, dado que podría darse el caso de que la gente visitara simplemente las islas volcánicas para recoger en las playas los materiales que necesitaba. Los pueblos lapita llevaron consigo objetos de cerámica, que son su «firma» arqueológica más distintiva, y también trajeron animales, ya que no se han encontrado pruebas anteriores de su presencia en esas islas: se trataba fundamentalmente de cerdos, perros y pájaros domésticos.²⁶ También los acompañarían las ratas del Pacífico, y de hecho los huesos de esos polizontes pueden utilizarse para determinar la fecha en que llegaron los navegantes a las islas que tachonan gran parte de ese océano. También aquí las pruebas recabadas indican con insistencia que el desplazamiento de poniente a levante se produjo de forma gradual.²⁷ Puede decirse, en términos generales, que se trataba de pueblos, o de grupos de pueblos, neolíticos (es decir, pertenecientes a la «Nueva Edad de Piedra») y que estaban familiarizados con la agricultura, la cría de animales y la cerámica.²⁸ La actividad agrícola y ganadera iría transformando el entorno de las islas, una tras otra, ya que se procedió a desbrozar la tierra para la labranza y a cazar las distintas especies locales de pájaros —que al constituir una parte fundamental de la dieta terminarían por extinguirse—. En este sentido, el caso más célebre, si bien muy posterior, sería el de los moas gigantes* de Nueva Zelanda, aunque también había cocodrilos autóctonos y enormes iguanas que no lograron resistir las condiciones impuestas por la conquista humana.

Por otra parte, los colonos resultaron ser verdaderos expertos en agronomía, dado que modificaron radicalmente los recursos, muchas veces limitados, de las islas de la Oceanía Lejana (la zona que comprende las inmediaciones de Fiyi y Samoa). Las tierras emergidas de esta región estaban tan aisladas que apenas les

* Ave no voladora parecida al avestruz. Los ejemplares adultos rozaban los tres metros de altura y llegaban a pesar hasta doscientos cincuenta kilos. (*N. del t.*)

ofrecían frutas, y desde luego carecían de los tubérculos que les proporcionaban los fundamentales hidratos de carbono que debían incluir cotidianamente en la dieta. En esta zona se han identificado veintiocho especies de plantas que tuvieron que haber cruzado necesariamente el océano en las embarcaciones de los pueblos lapita. De entre ellos, los más significativos son, entre otros, los plátanos, el fruto del árbol del pan, la caña de azúcar, el ñame, los cocos, el jengibre silvestre y el bambú, aunque también ha de tenerse en cuenta que los distintos tipos de islas se prestaban mejor al cultivo de unas u otras especies vegetales: los ñames, por ejemplo, se dieron mejor en Melanesia. (Uno de los tubérculos que también llegó de la mano del hombre a esta parte de Oceanía fue el boniato, al parecer oriundo de Sudamérica, lo que invita a intentar averiguar si los navegantes polinesios consiguieron llegar en algún momento al otro extremo del Pacífico.) El vocabulario de las lenguas protooceánicas, reconstruido por los filólogos, incluye palabras para designar acciones como sembrar, desherbar y cosechar, así como nombres para los montículos en los que se plantaban los ñames, lo que una vez más sugiere que las tradiciones hortícolas de los pueblos de la cultura lapita se remontan a la época en que sus antepasados residían en Taiwán.²⁹ La llegada de especies vegetales procedentes de regiones situadas más al oeste señala que los viajes en dirección este fueron efectivamente empresas destinadas a la colonización de nuevos territorios y no descubrimientos accidentales efectuados por navegantes perdidos que acabaron abandonados en una isla desierta, aunque este es un asunto que habrá que retomar necesariamente más adelante. Podría tenerse la impresión de que el desplazamiento de los pueblos lapita por el océano fue muy lento. Una estimación sostiene que el tiempo que se precisó para llegar desde el archipiélago de Bismarck hasta la Polinesia occidental fue de unos quinientos años. Sin embargo, esto puede suponer únicamente veinte generaciones, lo que desde una perspectiva de conjunto representa una expansión bastante rápida, y de hecho, si tenemos en cuenta la escala temporal de los humanos prehistóricos, podría resultar incluso explosiva.

Resulta difícil desentrañar los motivos subyacentes que pudieron haber animado estos desplazamientos. David Lewis, un historiador de las navegaciones polinesias, ha apuntado a la existencia de un espíritu de aventura —un «inquieto impulso», dice exactamente— entre los polinesios. En apoyo de su tesis, Lewis cita el caso de los habitantes de la isla de Raiatea, a doscientos kilómetros de Tahití, que habrían tenido la costumbre de viajar durante varios meses para recorrer las islas de esa parte del océano. Sin embargo, Joseph Banks, el científico que acompañaba al capitán Cook, fue el primero en observar uno de esos periplos, de modo que la prueba es muy tardía, además de un tanto circunstancial. Lewis invoca asimismo otro motor de estas peripecias: la «orgullosa autoestima» de los navegantes, un particular tipo de amor propio que habría empujado a los marinos a hacerse a la mar en momentos de mal tiempo en caso de

observar que los nativos de una isla próxima a la que hubieran acudido de visita, por ejemplo, se lanzaran al agua por alguna razón, aunque solo fuera para pescar. Esta idea encaja bien con las nociones de honor y vergüenza que han solido manejar los antropólogos dedicados al estudio de estas sociedades oceánicas. También se ha postulado que la realización de incursiones piráticas similares a las de los vikingos pudo haber sido uno de los elementos desencadenantes de las migraciones. Es preciso imaginar una primera fase en la que los aventureros se contentaron con llevarse simplemente cocos, piedras de obsidiana y frutos del árbol del pan de esas islas deshabitadas, seguida de una segunda, posterior al asentamiento de los primeros colonos, presidida por el estallido de una serie de guerras interinsulares —choques que se produjeron con regularidad: eso lo sabemos con certeza—.³⁰ No obstante, esa clase de situaciones se corresponden con un entorno ya parcialmente colonizado, y lo que aquí tratamos de averiguar es cómo y por qué se puso en marcha el proceso inicial de los asentamientos. La alternativa más evidente podría ser la superpoblación, pero las pruebas de que disponemos no son suficientes para sugerir que las islas de la vertiente occidental de Oceanía estuviesen densamente pobladas y que por esa razón los recursos se hallaran sometidos a una presión insostenible.³¹

A medida que los colonos fueran desplazándose hacia el este irían dejando atrás las viejas enfermedades traídas varios milenios antes de Nueva Guinea y el Asia oriental, como la malaria. De hecho, los hábitats insulares suelen ser muy sanos y se caracterizan por una gran esperanza de vida. Sin embargo, cuantos más años vivan las personas, y cuanto mejor logren conservar la salud, tanto mayor será el número de hijos que puedan tener, y también habrá más posibilidades de que estos consigan sobrevivir hasta la edad adulta. En un entorno de esas características, se da prácticamente por sentado que los niños pequeños pueden tomar parte en las emigraciones, en base a la suposición, comprobada en muchos casos previos, de que el océano ofrecerá un gran número de sitios en los que establecerse. Los polinesios dan una gran importancia a las líneas genealógicas, y hacen mucho hincapié en los derechos que asisten a los primogénitos. Por otra parte, el cruce de rivalidades entre hermanos, tanto hombres como mujeres, es uno de los elementos que aparecen constantemente en sus leyendas, lo que sugiere que los benjamines debían de considerar sensato continuar su avance hasta encontrar un punto en el que fundar un nuevo poblado.³² Una de las ideas que se barajan es la de que los primeros polinesios dependían básicamente de cuanto pudiera ofrecerles el mar —razón por la que se les ha llamado «forrajeadores marinos»—, y que, por tanto, la búsqueda de productos de ese origen obligaba a los pioneros a adentrarse cada vez más en el océano, a establecerse en la costa, y a fundar en último término, a medida que se consolidaban en su nuevo hogar, un conjunto de asentamientos interiores dedicados a trabajar la tierra y a criar ganado. En la Oceanía Lejana, la dieta de

marisco no se componía únicamente de ostras, almejas y cauríes, sino que incluía también tortugas, anguilas, peces loro y tiburones. La mayor parte de estos alimentos marinos provenían de los flancos más próximos de los arrecifes, o de zonas más cercanas a la orilla. No hay pruebas de que los viajeros de paso que ocupaban brevemente las islas establecieran campamentos temporales en algún punto de su superficie. Lo que hacían era más bien llegar a un emplazamiento nuevo y afincarse definitivamente fundando sus hogares en él. Además, preferían vivir en la costa, donde escogían con todo cuidado los mejores sitios, es decir, aquellos que permitían una fácil salida a mar abierto por encontrarse cerca de zonas de paso entre los arrecifes, ya que en muchos casos estos rodeaban las islas. En esos espacios privilegiados levantaban palafitos, un tipo de casa de madera sobre pilotes ampliamente difundido por todo el mundo austro-nesio. No se trató de una súbita invasión de los distintos rosarios de islas desiertas que tanto abundan en la región, sino de un proceso de expansión constante y sostenido en dirección este (que además no tenía por qué progresar necesariamente en línea recta).³³

Si las pruebas derivadas del hallazgo de restos de cerámica resultan tan notables es porque muestran claramente que nos encontramos ante una única cultura con ciertas variaciones regionales. Los objetos de alfarería se hacían a mano, sin emplear tornos ni hornos, lo que significa que probablemente se cocían en hogueras encendidas en el exterior. Existe un estilo común que recibe el nombre de «dentado» porque es frecuente observar que las vasijas aparecen decoradas con incisiones superficiales realizadas con un instrumento capaz de dejar muescas regulares, creándose así una serie de patrones sumamente complejos que demuestran un gran sentido artístico. Se ha visto en esos motivos ornamentales una especie de vocabulario, pero los mensajes que pudieran transmitir se han perdido. El estilo de la cerámica también tiene variaciones locales, y de hecho los fragmentos más sorprendentes que han llegado hasta nosotros muestran rostros humanos hechos a base de incisiones, o al menos ciertos rasgos antropomorfos, como los ojos. Es posible que esas imágenes sean la representación de sus dioses o sus antepasados, y es probable que los diseños guardaran semejanza con los que se empleaban en los tatuajes —una práctica muy extendida, por otra parte, ya que las excavaciones han permitido encontrar instrumentos para tatuar—. La difusión de esta alfarería por el conjunto de la Oceanía Lejana nos brinda numerosas claves vitales sobre la llegada de los primeros seres humanos a las islas situadas en pleno Pacífico. Se estima que la época en que los habitantes del archipiélago de Bismarck se dedicaron a la elaboración de piezas de alfarería lapita se sitúa en torno al año 1500 a. C. En el transcurso del siglo inmediatamente posterior a dicha fecha, las técnicas de esa cerámica alcanzaron la región de la «Oceanía Cercana» (la de Vanuatu, Kiribati y las cadenas insulares vecinas). Hacia el año 1200 a. C., la alfarería lapita se

producía ya en Samoa. Curiosamente, solo las más antiguas piezas de cerámica halladas en Fiyi parecen participar de esa preocupación por los intrincados motivos ornamentales. ¿Hemos de pensar que esa forma artística se perdió tras una o dos generaciones? ¿Acaso perdió la decoración su significado, sobre todo en las nuevas sociedades, debido a que ya habían dejado de pertenecer a una red de intercambios recíprocos? Resulta extraño que los pueblos de la cultura lapita que se trasladaron a regiones cada vez más orientales llevaran consigo sus plantas, sus animales y sus conocimientos náuticos y, sin embargo, terminaran perdiendo totalmente el interés en la cerámica.³⁴

Se trata de una sola y misma cultura, pero ¿era esta común a varios pueblos? El análisis químico de la arcilla de los recipientes prueba que las vasijas viajaban de isla en isla, aunque no hay duda de que en algunos casos el trasiego de estas piezas obedeció simplemente a su carácter de utensilios destinados a contener los alimentos que precisaban los navegantes. Muchos de los tarros carentes de adornos debieron de servir para guardar harina de sagú, una fécula que se conserva muy bien y que constituía un alimento muy nutritivo, ideal para los viajeros. Con todo, es preciso tratar con prudencia la suposición de que el movimiento de esos bienes y otra serie de artículos, como la obsidiana y la calcedonia (un tipo de piedra que incluye entre sus diferentes variedades el sílex o pedernal*) pudiera equivaler a un «comercio». La actividad comercial podría definirse como el intercambio sistemático de un conjunto de objetos útiles, provistos, por asignación, de un particular valor hipotético que, sin embargo, es por regla general variable. En las sociedades insulares del Pacífico, como bien alcanzó a mostrar el gran etnógrafo Bronisław Malinowski, el intercambio de bienes no se hallaba únicamente vinculado con una adquisición de naturaleza comercial. Los trueques recíprocos eran uno de los medios por los que los individuos dejaban sentado tanto el lugar que ocupaban en la escala social como su rango político. Constituían asimismo una forma de presentar públicamente una reivindicación al liderazgo y de poner de manifiesto las identidades respectivas del patrón y el cliente.³⁵ Esto debía de ser especialmente cierto en el caso de las sociedades marcadas por una notable tendencia a la experimentación, algo que generalmente hacían dichas comunidades. Con todo, es indudable que también había determinadas clases de alimentos y de herramientas, sobre todo en la categoría de los instrumentos cortantes y las azuelas, que no era posible encontrar en los atolones coralinos y cuya procura exigía por tanto la realización de un viaje por mar. La cuestión es que, cuanto más detalladamente se estudie este universo, tanto más interconectado revela estar.

* Aunque desde el punto de vista estrictamente petrológico la afirmación sea inexacta (y la distinción compleja), se trata de una clasificación de uso corriente en arqueología. Se trata en cualquier caso de la piedra conocida con el nombre de chert. (*N. del t.*)

Un ejemplo relativo al extremo occidental del mundo de la cultura lapita nos ofrece una abundante cantidad de pruebas. El pueblecito de Talepakemalai se encuentra en el vértice septentrional del archipiélago de Bismarck. La información de que disponemos nos permite conocer cinco (e incluso siete) siglos de historia de esta aldea, y su punto de arranque se sitúa a mediados del segundo milenio anterior a Cristo. En esa época, muy temprana en la historia de la cultura lapita, la obsidiana se traía de islas no muy alejadas de la localidad, y las azuelas y las piedras de calcedonia necesarias para elaborar herramientas también se obtenían en las inmediaciones. Había asimismo doce puntos en los que conseguir cerámica, y aunque no se hayan podido identificar todas las procedencias, sí sabemos que la composición de la arcilla de las vasijas es distinta en todos los casos. Por otra parte, los isleños no solo eran expertos en la confección de anzuelos para la pesca, sino que elaboraban igualmente joyas decorativas formadas por abalorios, anillos y otros objetos creados con conchas marinas. Por consiguiente, los arqueólogos especulan con la posibilidad de que la población de Talepakemalai se hallara vinculada por medio de algún tipo de red de intercambios con un conjunto de comunidades isleñas de la zona occidental de la «Oceanía Cercana». Sin embargo, esa primera fase de expansión se ralentizó en torno al primer milenio después de Cristo, proceso que quedaría reflejado en la contracción (o «regionalización») de esta parte del universo lapita. Esta situación pudo deberse a un incremento del grado de autarquía, es decir, a una menor necesidad de fiar la consecución de ciertos tipos de artículos a los intercambios con las sociedades vecinas, ya que ahora existía la posibilidad de fabricarlos *in situ*. Aunque se hubiera fortalecido la economía local, lo que los arqueólogos tienden a observar es un menor número de pruebas relativas al mantenimiento de vínculos con el exterior, lo cual produce a su vez la ilusoria sensación de un declive de la cultura lapita. Esto pudo haber influido en el fenómeno que vamos a analizar en un instante: el del largo intervalo de tiempo transcurrido entre la expansión lapita y la nueva fase de exploración y asentamiento que iba a producirse en el transcurso del primer milenio posterior a Cristo.³⁶

Sabemos muy poco acerca de las embarcaciones lapitas. Uno o dos grabados rupestres nos brindan algunas claves relativas a la forma que pudieron haber tenido las velas (y entre ellas vemos un interesante perfil austronesio o «ganchudo», cuya silueta, aproximadamente triangular, aparece coronada por una arista superior cóncava). Sin embargo, gran parte de nuestras deducciones dependen de las palabras austronesias que han reconstruido los filólogos, ya que las excavaciones arqueológicas no han logrado encontrar los restos de una sola embarcación original. Podemos imaginar, a grandes rasgos, la existencia de naves provistas de velas y batangas, similares a las que se emplearían en siglos posteriores. Es posible que en algunos casos se tratara de catamaranes, aunque parece que la canoa doble que constituye la base de este tipo de embar-

caciones se desarrolló fundamentalmente en la «Oceanía Lejana», en las inmediaciones de Fiyi. En la época moderna, la diversidad de barcas resultaba ya bastante considerable, aunque en general de ajustaban a un tipo común, ya que se trataba de embarcaciones a vela caracterizadas por la especial atención que sus constructores prestaban a la estabilidad.³⁷ El catamarán partía de la base de que no resultaba apropiado dotar de un único casco a un bote pequeño destinado a navegar en alta mar. Las barcas polinesias no volcaban con facilidad, y las que partían en busca de nuevas tierras debían de ser lo suficientemente grandes como para transportar hombres, mujeres y un buen acopio de víveres y agua (frecuentemente almacenada en el interior de cañas de bambú), a lo que hay que añadir la presencia de animales domésticos y de semillas o tubérculos listos para ser trasplantados en los territorios recién descubiertos. Como es obvio, los grupos humanos que ponían rumbo a algún punto conocido llevaban consigo artículos para el intercambio, como objetos de cerámica, productos locales del campo, y herramientas o bloques de piedra susceptibles de servir para su fabricación. No hay duda de que en esas embarcaciones se llevaban cosas sumamente variadas, aunque es probable que algunas de las características de las barcas —como el uso de fibras vegetales para mantener sólidamente unidos sus componentes— respondieran a prácticas estándar. Esas ataduras, hechas con hebras de coco, eran tan fuertes como resistentes, y además, gracias a ellas, el casco de las embarcaciones resultaba más seguro, dado que le proporcionaban una notable flexibilidad.

Los navegantes tenían que hacer frente a importantes desafíos. El más evidente era el de los vientos del este. La colonización del Pacífico se efectuó contra el viento. No fue la simple consecuencia del feliz contratiempo de un puñado de marineros que, arrastrados por las fuertes corrientes de aire, hubieran terminado en una isla desconocida. Tanto los vientos alisios como las corrientes marinas llevan rumbo oeste. Los alisios barren de sureste a noroeste la zona de asentamiento de las poblaciones lapitas y forman una faja ventosa sistemática que abarca bastante bien la zona en la que operaba esa cultura. Las corrientes marinas del Pacífico realizan cuatro movimientos principales a través de dicho océano: hay una corriente meridional que discurre lejos del conjunto de las islas austronesias; después tenemos la Corriente ecuatorial del sur, que se dirige hacia el oeste, aunque con una ligera inclinación austral; y por encima del ecuador encontramos dos corrientes contrarias que aíslan al archipiélago hawaiano del resto del mundo polinesio. Si observamos la trayectoria de la Corriente ecuatorial del sur, así como la dirección dominante de los vientos, observaremos que el arco global que describen los desplazamientos que, partiendo de Samoa, se dirigían al oeste viene a coincidir, siquiera de forma muy aproximada, con la zona en que se encuentran los asentamientos lapitas. Como es obvio, los marinos polinesios conseguirían perfeccionar poco a poco el arte de navegar de ce-

ñida, es decir, contra el viento. Además, tenían que asegurarse de poder regresar de sus exploraciones, y la mejor forma de lograrlo pasaba por desafiar la fuerza de los vientos y las corrientes marinas, encadenando las bordadas y avanzando sin prisa pero sin pausa.

Conforme fueran desarrollando todas estas técnicas, en el transcurso de un gran número de siglos, los polinesios aprenderían asimismo las sutilezas de la navegación por estima, que consiste en juzgar la distancia recorrida a medida que se progresa a fin de hacerse una idea de la longitud a la que se encuentra la embarcación. Según parece, les resultó más fácil dominar este sistema que a los marinos europeos, que tuvieron que esperar a que se inventara el cronómetro, en siglo XVIII, para determinar con seguridad la longitud geográfica. El navegante polinesio Tupaia, que acompañaba al capitán Cook, asombraba a los colegas del capitán británico, a los que señalaba, poco menos que instintivamente, el punto en el que se hallaba la nave —sin necesidad de instrumentos ni de notas escritas—. Los navegantes polinesios demostraron que se pueden resolver ciertos problemas complejos sin recurrir a ningún tipo de tecnología, valiéndose únicamente de esa supercomputadora que es el cerebro humano.³⁸ Y para establecer la latitud, cuya estimación resulta mucho más sencilla, los polinesios se limitaban a estudiar el firmamento: «Viajar entre la porción sur de las grandes Salomón y el grupo de las islas Santa Cruz era tan sencillo como seguir el rumbo cenital de las estrellas —en dirección este u oeste—, impulsado por los vientos de la estación».³⁹ En el conocimiento de los astros residía la clave de una navegación controlada. No se trataba de una sabiduría casual, sino de una ciencia cuya comprensión había requerido un larguísimo aprendizaje, fundamentalmente basado en la experiencia práctica y transmitido por medio de la tradición oral. Era además un saber esotérico, esto es, oculto, ya que iba dirigido a un conjunto de iniciados cuidadosamente elegidos. Estos quedaban así capacitados para fijar el rumbo de las embarcaciones mientras el resto de la tripulación se dedicaba a tareas más rutinarias.

En la década de 1930 todavía se enseñaban estos métodos a los jóvenes, a los que se comenzaba a instruir en la materia a la edad de cinco años, como nos revela la crónica de un célebre marino de las islas Carolinas llamado Pailug. Tras decidir su abuelo que el chiquillo debía dedicarse a la navegación, Pailug tuvo que dedicar buena parte de las horas del día a escuchar relatos marineros y a adquirir información sobre la ciencia de la navegación. Su abuelo le aseguró que si se elevaba a la condición de navegante no solo estaría por encima de los jefes de clan, sino que comería mejores alimentos que los demás y gozaría del respeto de toda la sociedad. Al cumplir los doce años, Pailug surcaba ya el océano en compañía de su abuelo, y poco a poco empezó a dominar los secretos del mar: el vuelo de las aves, la cambiante posición de las estrellas, y desde luego las tradiciones mágicas de la sabiduría popular. Todo quedaba encomendado a la

memoria. Por último, en torno a la edad de dieciséis años, llegó al fin la culminación del proceso con la plena iniciación, una de cuyas facetas consistió en recluirle durante un mes y en someterle a lo largo de todo ese período al bombardeo formativo de sus maestros, que de este modo le proporcionaron la totalidad de los conocimientos precisos. Aunque Piailug no utilizara un solo texto escrito, sí que elaboraría con palos y piedrecitas distintos modelos de las cartas mentales que aprendía, ya que de ese modo no solo podía memorizarlas mejor sino también volverlas a trazar con el objetivo de instruir más tarde en el arte de la navegación a la generación siguiente.⁴⁰ En las islas Carolinas, los navegantes locales solían elaborar una brújula sideral, es decir, un mapa de los puntos clave a detectar en el cielo nocturno —una solución que en la época moderna preferirían con mucho al uso de la aguja imantada—. En otras regiones del Pacífico también se confeccionaban, con ramitas y piedras, cartas a modo de bitácoras. Con ellas se podía determinar la dirección del viento o el curso del sol por el firmamento.⁴¹

Los polinesios no precisaban necesariamente de una aguja de marear, fuera esta del tipo que fuese. Según uno de los relatos que han llegado hasta nosotros, un capitán de goleta que acababa de asistir desolado a la pérdida de la bitácora, tras salir esta disparada por la borda con un golpe de mar, confesó a su tripulación polinesia que no sabía dónde estaba. La marinería le dijo que no se preocupara, y sus miembros le llevaron al punto exacto al que se dirigía. Desconcertado ante la facilidad con la que habían logrado esa hazaña, el marino les preguntó cómo habían podido determinar dónde se encontraba la isla que buscaban. «¿Por qué lo dice?», le contestaron, «nunca se ha movido de donde estaba».⁴² El contenido de una entrevista realizada en 1962 a un marinero de las Islas Marshall también nos permitirá valorar la extraordinaria confianza de los navegantes polinesios en la eficacia de sus métodos: «Nosotros, los viejos pueblos de las Marshall, dirigimos las embarcaciones con el tacto y la vista, pero yo creo que lo más importante es conocer las sensaciones de la nave». A continuación, el informante explica que un navegante experimentado no tendría ninguna dificultad en surcar los mares, ya fuera de día o de noche, y que lo más determinante es tomar buena nota del movimiento de las olas,

mediante la observación del desplazamiento de la embarcación y el estudio del patrón que sigue el oleaje, un marino de las Islas Marshall que haya sido formado en este tipo de navegación puede saber si se encuentra a cincuenta, treinta o quince kilómetros de un atolón o una isla —o establecer incluso si la distancia que le separa de la costa es menor—. También alcanza a distinguir si ha perdido o no el rumbo, de manera que, fijándose en la separación que media entre las olas, que es de un cierto tipo, le resulta posible recuperar la ruta correcta.⁴³

Si el cielo aparecía cubierto durante una expedición nocturna, debía explotarse inmediatamente el más mínimo claro que lograra abrirse entre las nubes. No obstante, también había que guiarse por otros signos, como la altura del oleaje, ya que un navegante avezado podía valerse de esa amplitud para precisar la dirección del barco. Y había además toda una panoplia adicional de señales que tener en cuenta, y la combinación de esos datos, efectuada de diversas maneras, podía dar al marino la certeza de hallar un punto de recalada. Era posible detectar la presencia de tierra firme mediante el examen del vuelo de algunas aves, como por ejemplo la golondrina de mar, que se adentra en el océano para alimentarse. Los marinos polinesios conocían el radio de acción de esos pájaros, y la mejor pista que podía encontrarse para descubrir en qué dirección se hallaba la costa se obtenía gracias a la determinación del punto del que procedían (si la observación se realizaba por la mañana) o del sentido de su regreso (si se estaba navegando de noche). Cabe citar también, entre otras muchas referencias, la de las formaciones nubosas, cuyo color puede variar en caso de que reflejen la zona emergida que tienen por debajo (los atolones de coral teñían de tonos iridiscentes las nubes que se cernían sobre ellos). La presencia de parches fosforescentes en la superficie del agua era otra de las indicaciones de la proximidad de la tierra. Por regla general, la creciente aparición de restos flotantes también sugería la cercanía de un litoral.⁴⁴ El mismo olor del aire marino podía ayudar a señalar al marino la existencia de un puerto conocido.⁴⁵ Era muy importante compensar la deriva que provocaran las corrientes y los vientos, utilizando el sol durante el día, y de noche las estrellas, para ajustar el rumbo según conviniera. Uno de los más extraordinarios métodos de navegación es el derivado de lo que bien podría denominarse la «teoría de la relatividad polinesia» —sistema que en las islas Carolinas se conocía con el nombre de *etak*—. En este caso, se daba por supuesto que el barco permanecía quieto y que únicamente se desplazaba el resto del universo. Por consiguiente, lo que procedía hacer a continuación era valorar cómo se había modificado la posición de las islas respecto de la embarcación. La relación de esas ubicaciones no se establecía entre el barco y su destino, sino entre este y alguna otra isla de las inmediaciones. El éxito del procedimiento dependía de que las estrellas permitieran establecer con precisión la situación de este tercer punto. Puede que no fuera plenamente einsteniano, pero desde luego implicaba la utilización de complejos cálculos mentales geométricos, por no mencionar el hecho de que los navegantes debían tener memorizada, y con todo cuidado, una carta estelar asombrosamente detallada y móvil.⁴⁶

Por todo ello, es un craso error concluir que sin escritura no existe posibilidad alguna de cultivar las ciencias exactas, por más que los conocimientos de navegación de los polinesios contengan una buena dosis de conjuros, hechizos mágicos e invocaciones a los dioses. La portentosa comprensión que los mari-

nos de esta región del Pacífico consiguieron adquirir, no solo del mar sino también de sus caprichos, unida al creciente número de pruebas que nos muestran que si colonizaron las islas fue justamente por haber aprendido a navegar contra el viento y no por haberse visto arrastrados contra su voluntad a unas costas ignoradas, tiene significativas implicaciones en la explicación de todos estos viajes. Ríos de tinta se han vertido para impugnar los puntos de vista, aparentemente verosímiles, de Andrew Sharp, cuya obra titulada *Ancient Voyagers in the Pacific*, originalmente presentada en la Sociedad Polinesia de la Universidad de Auckland en 1956, insiste en que todos cuantos descubrieron tierras nuevas lo hicieron, en términos generales, por accidente, tras haberse desviado de su rumbo a causa de los vientos imperantes o después de perderse y salvar azarosamente la vida. Sharp no contradice el argumento de que los marinos polinesios fueran excepcionalmente hábiles, pero desde luego subestima el alcance de sus notables capacidades.⁴⁷ No obstante, lo que Sharp consiguió demostrar de verdad fue algo muy distinto: que todavía no sabemos exactamente por qué los pueblos de la cultura lapita y sus sucesores, de entre los cuales destacan los maoríes, colonizaron uno tras otro los diferentes territorios que fueron encontrando en la vasta superficie del océano. Podemos referir sin demasiado miedo a equivocarnos cómo se logró, y también delimitar más o menos los períodos en que se verificaron esos asentamientos (aunque incluso sobre este extremo existen fuertes discrepancias), pero lo que sigue siendo materia para la especulación es el motivo que pudo impulsarles a continuar avanzando.

El lapso de tiempo que asistió a la rápida expansión de la cultura lapita alcanzó su punto culminante en torno al año 1000 a. C., lo que corresponde al momento en que se colonizaron las islas de Fiyi y Vanuatu. Esto implica la verificación de un buen número de viajes ambiciosos, en los que el litoral se perdía de vista durante mucho tiempo —lo que es particularmente cierto en el caso de la navegación hasta Fiyi—. No obstante, todavía quedaban unas cuantas piedras pasaderas en la ruta hacia Oriente que desemboca en Samoa y Tonga. Estas islas no solo marcan el límite de la expansión de los pueblos de la cultura lapita, también constituyen el polo más oriental de la serie de redes que habían creado en la larga progresión que los había llevado a recorrer cerca de cuatro mil quinientos kilómetros por el Pacífico, describiendo un gran arco entre Nueva Guinea y Tonga.⁴⁸ Con todo, tan misteriosa como los orígenes de la expansión lapita es la circunstancia de que esta se detenga bruscamente y permanezca inactiva por espacio de un milenio. ¿Se debió la interrupción al hecho de que las embarcaciones polinesias se revelaran incapaces de aventurarse en los inmensos trechos de alta mar que separan las islas de la cultura lapita de Hawái, Nueva Zelanda y la Isla de Pascua? El problema de esta hipótesis es que los marinos lapitas ya se las habían ingeniado para llegar hasta Fiyi y Samoa, lo que significa que ya se habían internado en lo más profundo del océano.⁴⁹ Estos

navegantes eran tremendamente hábiles e imaginativos, así que resulta difícil dar crédito a la idea de que no pudiesen adaptar sus embarcaciones, ya de por sí impresionantemente resistentes, a fin de volverlas aptas para hacer frente a océanos más tormentosos. Al parecer, la superpoblación no les causaba ningún estrés. A pesar de que se hubiera procedido a una siembra radicalmente nueva en grandes porciones del suelo insular, lo cierto era que se había alcanzado un buen equilibrio ecológico. El inconveniente de las explicaciones materialistas reside en el hecho de que, en muchas regiones del mundo, el factor que ha servido de estímulo a las migraciones ha sido el de las creencias religiosas —cuyo contenido concreto resulta de imposible recuperación, dado el enorme lapso de tiempo transcurrido—. Supongamos por un momento que lo que guiara a los exploradores polinesios fuese el imperativo doctrinal de la búsqueda del sol naciente (un planteamiento para el que es preciso admitir que difícilmente podrá encontrarse prueba alguna, ni siquiera de orden circunstancial). En tal caso, las modas culturales podrían haber variado al modificarse las ideas religiosas. De esa forma, el hecho de que se desarrollara con fuerza el culto a los ancestros locales determinaría el surgimiento de una creciente percepción del propio arraigo en la isla colonizada, lo que a su vez habría actuado como freno de ulteriores movimientos expansivos —aunque como comprobaremos, ese impedimento no iba a operar de manera indefinida.